

Hong Kong: nuevo (semi) fracaso de la OMC

Todos los presagios apuntaban hacia otro fracaso rotundo. Los países ricos temían perder la cara ante la opinión mundial. Pero los que más iban a perder con un nuevo fracaso eran los pobres: además de volver con las manos vacías, perderían el único foro económico en el que pueden denunciar las contradicciones del sistema y volverían a una situación de indefensión de sabor neocolonial. En estas circunstancias, el fantasma del fracaso fue empleado desde antes de la cumbre como una amenaza, particularmente por parte de Peter Mandelson, comisario europeo de Agricultura, que repetía: «en diciembre no habrá acuerdo». Finalmente, la oferta fue: «O esto poco o nada». Y ése fue el resultado: poco, muy poco.

Una vez más, la agricultura

La agricultura sólo representa el 3% de los intercambios comerciales a escala mundial. Y, al mismo tiempo, es la piedra en la que tropiezan las sucesivas cumbres de la Organización Mundial del Comercio (OMC). ¿No es un error anteponer el tema agrícola dejando siempre para más tarde el 97% restante del comercio internacional? Así ha opinado un poderoso rotativo español. Pero, por una de esas contradicciones de nuestra economía globalizada, la agricultura representa también la principal producción de la mayoría de la población mundial: al mismo tiempo, su principal fuente de divisas y el único

baluarte para su seguridad alimentaria. Los 1.000 millones de muy pobres más los 1.500 millones de pobres (en total, el 40% de la humanidad) no disponen de otro medio de subsistencia, sin contar a los países emergentes que se han constituido en potencias agrícolas mundiales.

Al comienzo de la «Ronda Uruguay», precursora de la actual OMC, se llegó a un gran pacto para ampliar el orden del día incorporando a él los servicios y los derechos de propiedad intelectual; a cambio, los países ricos avanzarían decididamente en la supresión de sus subsidios a la agricultura y de las cuotas textiles. Pero en ninguno de estos dos sectores, según el Nobel de Economía Joseph E. Stiglitz, cumplieron sus compromisos los países ricos. Peor aún: los estadounidenses duplicaron sus subsidios en 2001. EE.UU. y la UE aplican tres clases de mecanismos a su agricultura: aranceles que cierran la puerta a productos del Tercer Mundo, ayudas directas a sus agricultores y ayudas a la exportación (otros países desarrollados, como Australia, Canadá y Nueva Zelanda, también lo hacen). Al mismo tiempo que presionan para que los menos desarrollados abran las puertas a sus productos. De esta manera, **los países avanzados han perdido su credibilidad**. Lo cual explica la desconfianza que reina en estos foros y los sucesivos fracasos.

Lo que está pasando con **el algodón** puede servir como ejemplo. Constituye la principal exportación de países tan pobres como Burkina Faso, Malí, Benin y Chad (que —no casualmente— se encuentran entre los que más emigrantes clandestinos envían a Europa). Al mismo tiempo, en EE.UU. 25.000 algodoneros reciben abundantes subsidios que les permiten cultivar con unos costes (en abonos y maquinaria moderna) por encima de los precios del mercado y exportar el 70% de lo que cosechan. Finalmente, no son los grandes productores africanos, sino los primeros exportadores —norteamericanos—, los que dejan el mercado más que saturado y hundén los precios. En 2004, Malí perdió así 43 millones de dólares en ingresos de exportación. Mientras que las subvenciones norteamericanas a sus propios algodoneros representan el triple del total de su ayuda pública al desarrollo del continente negro (EE.UU. tiene un dictamen de la OMC en su contra por este asunto, a raíz de una denuncia presentada por Brasil).

Mientras los africanos luchan por su algodón, los latinoamericanos, encabezados por Honduras y Guatemala, denuncian el nuevo arancel con el que la UE gravará a sus **plátanos** desde enero de 2006 y piden una

mayor cuota de mercado tras la ampliación de la UE de 15 a 25 países. Por lo que se refiere al **azúcar**, por fin en vísperas de la cumbre de Hong Kong la UE rebajó un 36% su precio, en lugar del 40% anunciado por la Comisión, y con un calendario que abarcará los próximos cuatro años, en lugar de dos. Se trata, obviamente, de precios subvencionados y superiores a los del mercado mundial y que, por tanto, perjudican a los productores de azúcar de caña. Además, la OMC había condenado el régimen azucarero europeo por exportar una cantidad de azúcar subvencionado mayor de la permitida.

Comercio y justicia

Lo repiten continuamente los expertos: la liberalización del comercio internacional traerá consigo un aumento de la riqueza mundial. Pero, al mismo tiempo, se sigue comprobando que en torno al comercio se cometen grandes injusticias que hacen que siga aumentando la distancia que separa a poblaciones sumidas en la miseria de las que disfrutaban de una riqueza jamás conocida.

Por ello, ya en 1948 se celebró la primera ronda del **GATT** (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) con la intención de superar el proteccionismo y acrecentar los intercambios. Sólo 23 países tomaron parte en ella. Con la descolonización de los años 60 y 70, el número de participantes en las cumbres del comercio mundial se multiplicaría hasta llegar a los 149 que se reunieron en Hong Kong (los 4/5 fueron países en vías de desarrollo). Desde 1995, la OMC tomó el relevo del GATT. No es de extrañar que las reuniones fueran cada vez más conflictivas (dentro y fuera del recinto de la sala de convenciones) hasta llegar al lamentable espectáculo que ofreció la cumbre de **Seattle** en 1999; fuera de la sala de sesiones lo ofrecieron los altermundialistas y dentro las intolerables presiones de los países más avanzados para que los menos desarrollados abriesen definitivamente sus fronteras a los productos industriales y a los servicios de los primeros, mientras aquellos seguían practicando «por el momento» el proteccionismo agrícola.

En **Doha** (Qatar), lejos de los manifestantes altermundialistas, se lanza la novena ronda de liberalización del comercio, denominada muy intencionadamente «*Ronda para el desarrollo*». Era en 2001, poco después de los atentados terroristas de Nueva York y Washington. EE.UU. sufría una

recesión económica tras la gran expansión de los dos mandatos de Clinton con un crecimiento por encima del 4% anual, y su recesión amenazaba con contagiar al resto del mundo. Allí se decidió la mayor apertura del comercio mundial, apertura a la que se había de llegar en la cumbre de Hong Kong.

En la siguiente cumbre de la OMC, que se celebró en **Cancún** el año 2003, los países en desarrollo sabían lo que les aguardaba: intolerables presiones sobre los más pobres de ellos de manera que los poderosos pudieran arrancar un consenso que hiciera innecesario el recurso al voto. Por primera vez en estos encuentros, en Cancún la mayoría exigió que las propuestas se sometieran a votación, y fueron rechazadas. Los representantes de los países pobres salieron de Cancún con la cabeza alta y las manos vacías.

Los cuatro años transcurridos desde que se lanzó la *Ronda de Doha* han sido muy frustrantes. Apenas ha habido nuevos acuerdos de liberalización y prácticamente no se ha salido del capítulo agrícola. El único terreno en el que se ha avanzado, al menos en teoría, ha sido el de las **patentes farmacéuticas** con un acuerdo histórico que reconocía la prioridad de la salud pública: en caso de urgencia sanitaria, un país podía hacer fabricar medicinas genéricas recurriendo a «licencias obligatorias», una medida de gran interés para los países que disponen de una industria farmacéutica capaz de ello. Los demás, siguen experimentando dificultades insuperables para acceder a la importación de medicamentos genéricos.

Hong Kong: la torre de Babel

Trescientos ministros y seis mil delegados —amén de 953 ONG— se dieron cita en el enclave autónomo de Hong Kong. Novecientos detenidos completarían el espectáculo de la confusión allí escenificado (una vez más, las televisiones concentraron su atención casi exclusivamente en los incidentes callejeros).

El objetivo de esta cumbre era concretar las medidas de liberalización comercial diseñadas en Doha. Era la sexta desde la creación de la OMC y ninguna otra había arrancado con tanto pesimismo, hasta el punto de que el miedo fue empleado como arma por los organizadores y los grupos más

poderosos: ¿cómo podría recorrerse en un mes el trayecto que no se había recorrido en cuatro años?

Se constituyeron grupos de países, tan numerosos como heterogéneos, según el nivel económico y los intereses de cada grupo. Incluso se pasaba de un grupo a otro según el asunto que se tratara. Por ello, el francés Pascal Lamy, director general de la OMC, tuvo el «acierto» de constituir con los más poderosos de entre ellos el llamado G-6 (integrado por EE.UU., la UE, Brasil, India y Japón, más el mismo director general) para intentar sacar con su apoyo un acuerdo de mínimos que salvara la cita. La táctica de Lamy no era del todo arbitraria, ya que 20 países habían absorbido en 2004 el 82% de las importaciones mundiales de mercancías y el 86% de las importaciones de servicios; por su parte, Brasil y la India representaban el 70% de la producción agrícola mundial y el 26% de las exportaciones.

El grupo más numeroso fue el G-90, compuesto por los países menos desarrollados de África, Caribe y Pacífico. El G-20 representaba a los países emergentes; para dar cuenta de su heterogeneidad, Lamy lo definió como un grupo «con una madre agropecuaria y un padre geopolítico»; y los intentos por destruirlo fueron continuos por parte de los más poderosos. Obviamente, el grupo más influyente —aunque no por ello perfectamente cohesionado— estaba formado por las dos grandes potencias, EE.UU. y la UE, que practican parecidas políticas proteccionistas en agricultura y se acusan mutuamente de *contabilidad creativa*, eufemismo para designar el maquillaje de sus cifras reales.

En este teatro extremo-oriental, **el papel de villano lo interpretó la UE**. En primer lugar, en torno a la cumbre todavía afloraron las divergencias entre los 25 sobre la PAC (Política Agrícola Común, que se lleva el 42% de los recursos de la UE). Además —y sobre todo— el secretario de Comercio estadounidense, Rob Portman, tuvo la habilidad de descargar sobre las espaldas de Europa la responsabilidad del fracaso de la cumbre al declarar, frente a una mayor intransigencia europea, que su oferta de reducción de ayudas no sólo era buena, sino también negociable. En cambio, la víspera misma de cerrarse la cumbre, el comisario europeo volvía a reiterar que carecía de mandato para fijar una fecha —ya fuera el 2010 o incluso más tarde— que marcara el fin de las subvenciones a la agricultura (en ese momento, el ministro de Exteriores brasileño amagó con levantarse y abandonar la sala).

Nuevos plazos para el incumplimiento

Brasil había propuesto rebajar los aranceles de los países menos avanzados a los productos industriales del Norte a cambio de fijar ya el año 2010 como fecha tope para las subvenciones agrícolas. La India y EE.UU. aceptaron esa fecha. Pero la UE, tras haberse opuesto durante seis días a ella, finalmente obtuvo que fuera retrasada hasta 2013: «*cinco años después de la implementación*» del acuerdo, en palabras del director general de la OMC. Quería decir que, si bien la Ronda de Doha culmina su actividad a fines de 2006, el período de implementación de los acuerdos se extiende un año más, hasta el 1 de enero de 2008. Y —casualmente— la fecha del 2013 coincide con el fin de los plazos establecidos en la reforma de la Política Agrícola Común de la UE, el año en el que la agricultura dejará de ser el principal obstáculo al presupuesto de una UE más ambiciosa.

No extraña, pues, el comentario optimista del ministro español de Comercio e Industria, J. Montilla: «*un resultado moderadamente positivo*». «El desmantelamiento de estos subsidios tiene poco coste para España», explicó Pedro Mejía, secretario de Estado del mismo ministerio. En cambio, los países que sólo disponen de su agricultura veían su desarrollo frenado durante otros siete años. Los miembros del *Grupo de los Noventa* no pudieron menos de manifestar su profunda insatisfacción. «*Al menos conseguimos una fecha*», fue el consuelo de Argentina.

Como contrapartida un tanto imprecisa, los 110 países pobres de la OMC lograron que el texto del acuerdo especifique «que una parte sustancial del proceso [de supresión de subsidios] se complete antes de que se cumpla la mitad del período de implementación», período que arranca en 2008. Por su parte, Bruselas y Washington consiguieron que quedara muy claro que los miembros «deberán» sentarse a negociar la liberalización de muchos servicios, como el de la sanidad, y una mayor apertura de otros, como el financiero y el de las telecomunicaciones.

A EE.UU. le urgía salir de la cumbre con algún acuerdo, aunque éste se limitara a una fecha, ya que en 2007 expira la autorización que el Congreso había concedido al Gobierno para negociar acuerdos comerciales con otros países. De rebote, un fracaso total de la cumbre de Hong Kong habría significado un durísimo golpe contra la OMC, la más joven de las organizaciones multilaterales.

Ahora, la tarea de 2006 es finalizar las negociaciones de manera que el Congreso de los EE.UU. disponga de un semestre para aprobar lo acordado por la vía rápida. Los objetivos a corto plazo se han logrado. Sin embargo las grandes potencias económicas se han mostrado incapaces de legitimar el libre comercio predicando con el ejemplo.

Otro factor que agrava aún más los desequilibrios es la continua exportación de capitales de países en desarrollo hacia las economías más ricas, «una profunda anormalidad» del mercado global de capitales que no beneficia a nadie, según declaró el pasado mes de enero en Davos Jean-Claude Trichet, presidente del Banco Central Europeo. Ello sucede en buena parte por culpa de los graves desequilibrios de la economía norteamericana.

Pero, **mientras el libre comercio sigue estancado, la ayuda no cesa**, lo cual no quiere decir que abunde. EE.UU. tiene un programa de ayuda alimentaria que utiliza para deshacerse de sus excedentes agrícolas, creados en parte por las subvenciones al campo. Los mismos EE.UU., Japón y la UE han rivalizado en repartir dinero en torno a la cumbre de Hong Kong, con la esperanza de socavar la cohesión de los africanos en el tema del algodón. La UE, nada más abrirse esta cumbre ofreció a los países en vías de desarrollo «una nueva gran ayuda para impulsar el comercio», cifrada en 1.000 millones de euros a partir de 2010, lo que sumado a los 1.000 millones ya prometidos en julio pasado elevaría estas ayudas a 2.000 millones a partir de la citada fecha (coincide que 1.000 millones de euros es, aproximadamente, lo que semanalmente gasta la UE en subsidios agrícolas).

En este contexto, se comprende el comentario de Andrew Kailembo, secretario general de la división africana de la Confederación Internacional de Sindicatos, al finalizar la cumbre de Hong Kong: «Ésta es la Ronda del Desarrollo, y lo que queremos es que nos dejen comerciar, vivir del intercambio de nuestros productos, no de limosna». ■



Pilar de la Fuente:
«El ángel del Señor anunció a María» (serie-1),
Trabajo a plumilla, 30 × 21